

Peter Handke

Mi día en el otro país

Una historia de demonios

Traducido del alemán
por Anna Montané Forasté

Alianza editorial

Título original: *Mein Tag im anderen Land. Eine Dämonengeschichte*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Suhrkamp Verlag Berlin 2021

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag,
Berlín

© de la traducción: Anna Montané Forasté, 2024

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-613-2

Depósito legal: M. 655-2024

Printed in Spain

«Yo, el idiota enviado a la comunidad»
Píndaro

1

En mi vida hay una historia que todavía no se la he contado a nadie. Y ahora que, bien tarde, por fin vengo con ella, lo que tengo que contar no procede de mí, ni las palabras ni las imágenes, aunque yo mismo, en todo caso al comienzo de la historia, sea su protagonista y único agente. De esta historia, la primera parte la he vivido en persona, en carne propia como apenas ninguna otra historia de mi vida. Pero solo la conozco de oídas, por los relatos de otros: de mi familia y, en mayor proporción incluso, abarcando un espacio más amplio, de terceros, de la gente del pueblo, cuando no, hoy incluso con ma-

yores efectos, de todos los completos desconocidos para mí de las poblaciones de alrededor y de más lejos aún.

No es solo que no tengo ni un recuerdo de entonces, ni siquiera un rastro sugerente en la memoria, ni, cómo se dice, «la más mínima idea». Por lo que posteriormente escuché, en la época en cuestión yo no estaba, según la opinión de unos, consciente o, conforme a la opinión de otros, en mi sano juicio. «Sin consciencia», esa era la versión de la familia: una especie de sonambulismo del cual ya se habían transmitido no pocas historias de los antepasados —en mi caso, con la variante de ser sonámbulo también de día—. Pero, a ojos de todos los de más allá del círculo familiar, en aquella época yo «no estaba en mi sano juicio».

Fuera de casa, en la región se daba por hecho que el mío era el caso de un poseído, poseído no solo por un demonio, sino por varios, muchos, incontables incluso. «Fuera de casa»: con eso encajaba el que yo, así me lo contaron después, en el transcurso de los sucesos, me escapara de nuestra hacienda y, tal como os lo digo, plantara mi tienda de campaña, una muy pequeña, fuera del núcleo de la población, en un cementerio, no el actual, sino el «antiguo», el de antes, con sus tumbas de dos siglos atrás, la mayoría de las cuales estaban abandonadas y cubiertas de vegetación desde hacía mucho tiempo.

De mi trabajo como horticultor —mi ocupación principal desde joven—, durante aquel periodo de locura, así se dijo después, se encargó mi única hermana. Cuando hace un momento he hablado de

«familia» me refería únicamente a mi hermana; nuestro padre y nuestra madre hacía mucho tiempo que habían muerto, y en casa y los alrededores solo quedábamos nosotros dos; y ya antes de mi sonambulismo, o de que perdiera el control sobre mí mismo, mi hermana me echaba una mano en las múltiples parcelas con árboles frutales que rodeaban nuestra antigua casa familiar. Ella también fue quien, si no cada día, al menos una o dos veces por semana, me trajo lo más necesario a mi sitio en el rincón más apartado del remoto cementerio. ¿Lo más necesario? Según el relato de la hermana, la existencia sonámbula que era yo apenas necesitaba algo, salvo quizá las manzanas de casa, las Jonathan, Boskoop, Ontario y, sobre todo, las Gravenstein —plantadas por nuestro padre en su día, antes de la guerra—, y de acompañamiento, el pan casero amasado

con hayucos y avellanas, ya de antes, desde la infancia, mi comida favorita, pero, al parecer, en la época en cuestión me sabía especialmente bien.

Ahora, por fin un recuerdo propio: también yo, el horticultor, por aquel entonces todavía más o menos en pleno juicio y, gracias a mi ocupación, digo yo, la presencia de ánimo en persona, de vez en cuando tendría algo raro en mí, algo sospechoso, incluso inquietante. Sobre todo algunos niños parecía que se lo olieran y, por cierto, ya de lejos. No pocos daban media vuelta tan pronto como me veían, claro que solo se alejaban un par de pasos, luego se paraban y, como hacen los zorros, volvían la cabeza por encima del hombro hacia mí, y entonces era yo el que siempre daba un rodeo para evitar al niño y así quitarle el miedo.

Pero también de gente de mi edad y no solo de mi edad, sino a menudo incluso de más edad y, especialmente, de los muy ancianos, de vez en cuando tenía que oír que «no sabían a qué atenerse» con el horticultor ese. «Hay algo en ti que no me cuadra, ¡empezando por el remolino que tienes en la coronilla!» En el pueblo incluso se habían puesto de moda expresiones que más o menos decían: «lunático como un horticultor»; o: «con la mirada malévola de un horticultor»; o: «más horticultor que un horticultor»; o: «Su Alteza; el horticultor»; o también, más amables: «ingenuo y asustadizo como un horticultor».

En su día mi hermana supuso que esas malas opiniones sobre mi persona, que por lo demás eran episódicas y al día siguiente se habían volatilizado, se debían a que, de joven, poco después de la escuela

de agronomía, había escrito un libro sobre fruticultura, un simple opúsculo «Sobre los tres modos de hacer crecer árboles en espaldera», pero en el pueblo circuló el rumor llamado «libro», una cosa extraña en nuestra región, incluso presuntuosa, cuando no una manera de afirmar poder, un poder falso, falsificado. «¡El horticultor con sus delirios de grandeza!»

Luego, con el año, con los años de poseído, a ojos de los otros me convertí clara y definitivamente en el malo, el engendro del mal, un malvado incurable. Esta era también, según mi querida hermana, la impresión que efectivamente causaba siempre que, fuera de «mi» cementerio, «me convertía en imagen» para la población. Donde antes quizá había habido en mí algo de que reírse... la risa se había acabado.

Tan pronto como me dejaba ver en la calle del pueblo, no solo se producía una desbandada general, sino una huida hacia el interior de las casas. «Aterrorizabas, sembrabas el terror. Y no era por tu pinta —vete a saber cómo te las arreglabas para salir de tu guarida vestido siempre limpio, pulcro, sí, casi elegante— ni tampoco por alguna que otra acción —ni una sola vez te vieron actuar, del modo que fuera; y, sin gesto alguno, ni siquiera con discretos ademanes o alguna señal, recorrías el pueblo—: el terror venía de tus palabras, de lo que los demás, en su totalidad, oían que decías. Y de nuevo un no. No, no gritabas, ni mucho menos vociferabas o aullabas y rechinabas los dientes. Hablabas casi en voz baja para ti, en cierto modo con el volumen amortiguado, como si hablaras contigo mismo y, sin embargo, cada una de las palabras que murmurabas para

ti era audible, como si unos altavoces las amplificaran, de un extremo a otro del pueblo.»

Lo que soltaba de ese modo eran siempre insultos e injurias, y cada vez eran diferentes, nuevos, y cada vez inauditos, y luego, si cabe, todavía «más inauditos». Imposible determinar a quién o a quiénes injuriaba e insultaba de ese modo. En cualquier caso, más que a una pluralidad o a un grupo, a menudo me refería a individuos y, según mi hermana, de vez en cuando parecía que únicamente estuviera insultándome a mí, «¡el incorregible!», «¡la figura lastimosa!», «¡el engendro del diablo!», «¡el infrahombre!», «¡la manzana de la discordia!», «¡el fruto podrido!». Y una señal de que se trataba de acusaciones dirigidas contra mí mismo: solo entonces la verborrea con la que cruzaba el

pueblo era un poco más ruidosa, y una o dos veces en el transcurso de los años de locura incluso me eché «a gritar, no», lancé «breves gritos».

En aquella época a mi hermana le parecía, aunque siempre durante meros momentos fugaces, que yo, de ese modo, estaba al mismo tiempo jugando a un juego. O algo así: como si en mí, sin intención ni intervención por mi parte, se estuviera jugando a un juego, uno extraño; y como si únicamente faltaran compañeros de juego, compañeros dispuestos a jugar, no solo uno o dos, y no solo unos cuantos, no, ¡muchos!; entonces el terror, casi horror, que sembraba se convertiría en aire, aire del juego, ¡y menudo baile habría sido aquello!

Sin embargo, pongamos que mi comportamiento fuera al mismo tiempo una invi-

tación a jugar: nunca y en ninguna parte hubo nadie que se me acercara y de improviso metiera baza. En lugar de eso, se las piraban y otra vez se las piraban, pies para qué os quiero, ante un servidor, y eso, durante años. Parecía claro: un día, el casi horror que con mi incesante hablar a solas infundía a la gente se convertiría bruscamente en el horror de los hechos, en una matanza, en un ataque de locura homicida como jamás se había visto en la región, en el país, en el mundo entero. Y qué hartó llegué a estar, con el paso del tiempo, de las eternas marchas, insultando y amenazando, entre las casas antiguas y nuevas y cada vez más iguales de mi país, antes tan querido. Y, sin embargo, con el tiempo, cómo me pareció que no era yo el que necesitaba a los demás, sino más bien que, en beneficio del miedo, como una señal de vida para ellos primordial,

yo, a juzgar por las apariencias el peligroso endemoniado, era necesario para los demás. «Hartazgo y necesidad, necesidad y hartazgo»: ¿el verso de una canción?

A lo cual ahora me viene a la cabeza que, en aquella época, un día, en mi camino en zigzag en medio del pueblo, de repente mudo, moviendo solo los labios en silencio, me senté en el umbral de una casa, uno alto, de piedra, de las últimas casas antiguas, y estuve sentado allí, sentado hasta mucho después de las primeras estrellas, en mi recuerdo invisible, sin que nadie me viera, o ¿quizá sí? Pero entonces no como un espectro, y mucho menos como una figura amenazadora.

Ahora, en mi escritorio de la caseta del jardín, me siento y me sé, décadas después, sentado en aquel umbral de granito,